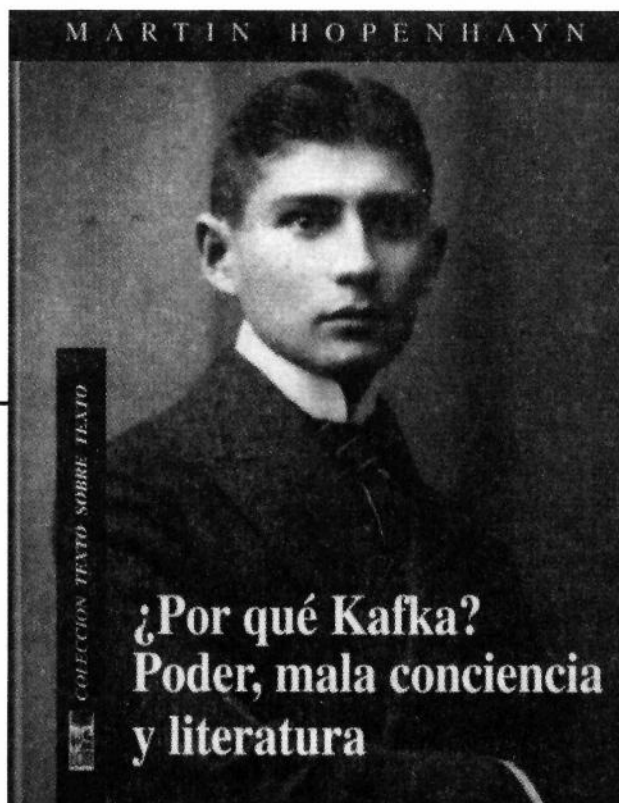


¿Por qué Kafka? Poder, mala conciencia y literatura

Martín Hopenhayn

Segunda edición, LOM ediciones, Santiago de Chile, junio de 2000.

por Sebastián Van Den Dooren



La tesis que plantea Martín Hopenhayn (poeta y ensayista argentino, que obtuvo un Master en filosofía en la Universidad de París con una tesis sobre Nietzsche, dirigida por Gilles Deleuze) gira en torno al estrecho vínculo que existe —en la literatura de Franz Kafka, quien supo caracterizar tan bien proféticamente las sociedades de masas— entre el individuo y el poder (sea éste el Estado, la familia, la pareja, los amigos, la sociedad, el trabajo). Este libro se refiere a las relaciones de dominio, a las relaciones entre la mala conciencia y el poder, a la racionalidad burocrática.

Kafka tuvo una cierta particularidad que en mayor o menor medida ya conocemos, cual es su crítica del poder, tanto del poder visible como del invisible (y podríamos decir también, tanto del macro como del micro poder en el sentido foucaultiano del térmi-

no). Su prosa se refiere al poder en su funcionamiento estatal y burocrático y también al poder en lo cotidiano, de las relaciones entre los individuos. Kafka, dice Hopenhayn, *reproduce el desaliento del individuo en la sociedad de masas sumergiéndolo en el poder disolvente de la forma, en estructuras literarias enigmáticas; irresueltas y siempre potenciales* (pág. 207).

En su literatura, detrás del aparente relato acrítico, de la transcripción fiel y tediosa de lo dado, de una mera descripción descomprometida de lo real, hay en realidad una creación estética que va mucho más allá. Mediante sus descripciones, Kafka violenta la realidad, cuestiona visceralmente el estado de las cosas. Su escritura *pone al descubierto las formas con que dicha sociedad [la opresiva] somete a la conciencia a las limitaciones propias del todo* (pág. 18). La

verdad se presenta como un “develamiento crítico”, donde el escritor en vez de llamar a las cosas por su nombre, lo hace contra su nombre. En este sentido, “el escribir”, dice Hopenhayn, *es un inadecuar el lenguaje a lo real*. De esta manera, *pone lo real bajo las formas que lo desnuden* (pág. 10), neutralizando con su literatura *los efectos cosificantes de una realidad imperante que insiste en autoperpetuarse* (pág. 11). Lo dado incuestionable pierde consistencia. Desnuda no sólo el real funcionamiento del poder, sino también la actitud gregaria de los ciudadanos, sus miradas aterradas, sumisas hacia el poder, y sus relaciones con los agentes y las instituciones del poder.

Kafka es a la vez víctima y crítico del poder. Por un lado, víctima en su vida real, en su relaciones familiares (principalmente con su padre, a quien le escribió una extensa carta que jamás llegaría a su manos, pero sí a nosotros los lectores), y laborales (su empleo burocrático, estructurado, en una empresa de seguros como abogado apoderado). Por el otro, crítico en su literatura. Es mediante ésta que pretende liberarse de la opresión. En base al uso del lenguaje de la escritura, Kafka *se constituye una y otra vez en alteridad*, esa alteridad opacada por la sociedad de masas, donde *lo imprevisible ha sucumbido ante lo programático*, donde *el individuo advierte que es pura adecuación*, su individualidad absorbida en los engranajes del funcionamiento cotidiano de las instituciones (pág. 17). *Mientras en su trabajo se sentía como un animal, en su buhardilla se recuperaba como hombre*. Su literatura es un *raro producto de esta inversión de la alienación*. *El cordero diurno se convierte en lobo nocturno* (pág. 67). Kafka pretende liberarse en su propia creación, ese

artilugio contra la programación, esa reivindicación del azar en el espíritu humano (pág. 68), cuyo testimonio es la mayor parte de toda su obra.

Las obras y la vida de Kafka, dice Hopenhayn, *nos presentan una verdadera anatomía de la mala conciencia*, en el sentido nietzscheano de la *conciencia de culpa como la confesión que el individuo se hace a sí mismo de su propia esterilidad “inherente”*, que le viene al sujeto como *efecto del sistema* (pág. 17). La mala conciencia cuyo origen Nietzsche creyó encontrar en *la profunda enfermedad en la que tuvo que caer el hombre bajo la presión del más fundamental de todos los cambios por los que ha pasado: el cambio que experimentó cuando se encontró atado por las cadenas de la sociedad y la paz*. Al entrar en ella el sujeto pierde su individualidad, todos sus instintos quedan *desprovistos de su valor* y “*suspendidos*”. *Una horrible pesantez se les vino encima*. Todos los instintos que antes se descargaban hacia afuera ahora *se vuelven hacia dentro: a esto es a lo que llamo la interiorización del hombre*, concluye Nietzsche¹.

En Kafka, mientras su vida real está imbuida en esta mala conciencia de represión internalizada, su obra, por el contrario, es la pulsión de los instintos animales en busca de su liberación. El acto estético de la escritura como la liberación de los instintos oprimidos por los engranajes el sistema. De esta manera, la literatura es vista por Kafka mismo como “un avance contra las limitaciones”, como un límite a la totalidad que se pretende ilimitada. La literatura es un redescubrimiento o un rescate de la alteridad, de lo diverso, de la creación espontánea. Es una rebelión contra la sumisión.

¹ *La genealogía de la moral*, Biblioteca EDAF, Madrid, 2000, págs. 134-135.

Sin embargo, esta rebelión está encubierta, dado que los personajes de sus relatos y novelas, lejos de ser sujetos libres, son víctimas de la opresión, sujetos que encarnan la mala conciencia. Por ejemplo, las imágenes que pinta Kafka respecto de Joseph K. en *El proceso*, y de K. en *El castillo*, sujetos que son vistos, tanto por parte del poder institucional como por sus conciudadanos, como los transgresores, como los *extranjeros* del sistema. Si bien en el comienzo de la historia estos personajes se burlan del poder en todo aquello que los pueda afectar, no respetando las órdenes impartidas por los funcionarios judiciales y administrativos, se observa cómo a medida que transcurren los hechos, y en que se inmiscuyen en los engranajes y en las redes del poder, se encorvan y demacran física y mentalmente. Se hacen vulnerables, se neutralizan sus voluntades, lo cual los incapacita para actuar, *para cristalizar [sus voluntades] en hechos*. Así, *toda acción de la novela queda relegada al ámbito de lo potencial, reprimida a lo potencial* (pág. 25). A medida que el poder se agranda sobre ellos (visualizado no tanto como una mano de hierro que baja, sino más bien con la indiferencia de sus propios vecinos, con el silencio del poder, con la falta de respuestas, con los mandatos que van de boca en boca, que no llegan a oficializarse pero que se sabe que están flotando en el aire, ambiguos al comienzo y que se corporizan al final), en que la necesidad de “arreglar” o “negociar” con los funcionarios se torna la única salida posible a sus problemas, en que la desesperanza los enloquece, se rinden. Han perdido su subjetividad. Ha vencido la invencibilidad del poder. Es el instante donde *el individuo quiere creer en una supuesta racionalidad objetiva del todo porque ha asimilado la falsa*

certeza de que más allá de esa totalidad no hay nada. La mala conciencia ha obrado en el hombre de tal manera *que éste siente su existencia justificada recién cuando deja de ser su existencia, cuando se disuelve en las fuerzas ciegas que rigen la totalidad* (pág. 20). El sujeto se tranquiliza *sabiéndose subordinado*, con la mala conciencia que *le recuerda cada día que ser es claudicar*.

Los protagonistas de las obras de Kafka terminan por claudicar. Desesperados por la fuerza de un poder que los ahoga, del cual nada ni nadie, ciudadano o funcionario, pueden salvarlo, y encontrándose solos frente a ojos que lo indagan temerosos (en el fondo el transgresor es temido, solamente comprendido por aquellos que también han transgredido), los protagonistas se rinden, pero con el deseo de ser integrados, o reintegrados a la normalidad de su pasado, a la vida anterior a sus luchas contra el poder, de la cual se arrepienten. Ante la imposibilidad de sustentar esa rebeldía en una sociedad opresiva se vuelven sumisos. Pero el arrepentimiento llega tarde, la fuerza del poder se recrudece, las relaciones institucionales ya están desgastadas, el empleo, los vecinos y los amigos están lejos o ya no están (sólo los acompañan quienes también han fracasado). Todo está perdido para ellos (¿en la realidad de los hechos o en sus imaginaciones, o un poco de ambas?). Están vacíos, son unos corderos indefensos, no son nadie. Por ejemplo, al final de *El proceso*, Joseph K. acepta su ejecución. Viendo éste *con los ojos vidriosos... cómo los caballeros, mejilla contra mejilla, observaban el desenlace [la muerte de Joseph K.] ante sus rostros*, dice a modo de palabras finales: *¡Cómo un perro!*, y lo dice *como si la vergüenza hubiera de sobrevivirle*².

² Kafka, Franz, *El proceso*, Cátedra, pág. 276.

Hopenhayn cita, entre otros, a Horkheimer: *El influjo de las condiciones existentes sobre la vida del hombre promedio es tal que el tipo servil, sometido... se ha convertido en el tipo predominante en una escala arrolladora.* En las sociedades totalitarias ocurre una metamorfosis en la cual el hombre se transforma en sujeto, el ser libre deviene en ser oprimido, dócil; en esta circunstancia

Hopenhayn encuentra su corolario *en un mundo de funcionarios y de relaciones entre funcionarios.* Operada esa transformación, el sujeto *pide ser absorbido por la totalidad a cualquier precio* (pág. 22). Es la sociedad y el sujeto representado por Kafka en su obra, y en mayor o menor medida semejante a la actual sociedad de masas.